

El olor humano

ERNŐ SZÉP

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE ESZTER ORBÁN
Y JOSÉ MIGUEL GONZÁLEZ TREVEJO



Título original:
EMBERSZAG

Primera edición: septiembre 2017

© The Estate of Ernő Szép

© 2017 de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S.L.

© 2017 de la traducción y las notas:

Eszter Orbán y José Miguel González Trevejo

© del diseño de colección: Raúl Fernández López

This book was published with the support of the Petőfi Literary Museum of Budapest



La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-16-52944-5

Impreso en España

Depósito legal: M-20211-2017

El olor humano

¡ARRIBA!

20 de octubre, sexto día de la era Szálasi:¹ a las cinco y media (de la mañana) el comandante del piso, el señor T., me saca de mis más dulces sueños.

—Arriba. Haga el favor de levantarse.

No puedo decir que ese canto de gallo me produzca especial alegría, por la noche he estado leyendo hasta la una o la una y media. Me apoyo en un codo para incorporarme, mis hermanas ya están ante la cama, mejor dicho, el sofá, sonrientes:

—No pasa nada. Otro reclutamiento o algo así.

El comandante del piso se ha esfumado, él también tiene que prepararse.

El 1 de octubre tomamos parte en un reclutamiento de judíos; mientras me reconocía, el médico inspector se inclinó hacia mis ojos, los examinó durante unos veinte segundos, y a continuación dictó no sé qué de una inflamación y algo de una debilidad cardíaca, y mandó que me concedieran tres meses de prórroga, hasta el 1 de enero. Para esas fechas la guerra no sería más que un recuerdo.

1 Ferenc Szálasi (1897-1946): líder del partido fascista de los Cruces Flechadas. En octubre de 1944 tomó el poder con la ayuda de los alemanes y fue elegido «jefe de la Nación», cargo que cumplió hasta marzo de 1945. Instauró un régimen fascista. En esa época, miles de judíos fueron asesinados, torturados, llevados a campos de concentración o a trabajos forzados. En 1946 Szálasi fue ejecutado como criminal de guerra.

También llama a la puerta el comandante del edificio, el señor K., para ver si me he levantado ya. Lo lamenta profundamente, pero todos los hombres de origen judío tienen que formar filas ante el portalón del edificio. En media hora. Que llevemos comida para dos días. Me lavo de cintura para arriba, mi hermano me afeita (él también viene), termino de beber mi té de hojas de mora, como una rebanada de pan (por aquel entonces no teníamos mantequilla) y unas seis ciruelas; mientras tanto, mis hermanas llenan las mochilas a toda prisa, me colocan la mía sobre los hombros y me ponen en la mano el bastón y una ligera manta. En la escalera, de camino hacia abajo desde el cuarto piso, me puedo incluso acabar el cigarrillo, y con un par de minutos de retraso estamos abajo.

Allí se agolpan ya lo menos treinta y cinco hombres, todos con la estrella amarilla; formando en filas desordenadas, con el rostro vuelto hacia el portalón y cargados de equipaje: algunos con enormes mochilas de bolsillos y, además, con cuatro o cinco bultos y cajas colgando de las manos. Los caballeros tienen cincuenta o sesenta años, aunque también los hay más jóvenes, y otros que rondan los sesenta y cinco, los setenta o los setenta y dos años. Arriba, el comandante del edificio nos ha dicho que no hay límite de edad, todos tenemos que ir. Me planto junto a un simpático señor, el director B. Cada minuto aparece otro vecino con la estrella amarilla y cargado con el equipaje. Un chaval de unos dieciséis años espera dándole la espalda a la puerta; viste camisa negra, chaleco, está sin chaqueta y con la cabeza descubierta; una funda de pistola cuelga de su cinturón amarillo de piel, y sostiene con ambas manos un gran rifle repugnante y chapado a la antigua, cuya culata reposa entre sus zapatos. Lleva la bayoneta ajustada al cañón del fusil, lista para

el asalto. El chico nos observa inmóvil y con una mirada bastante hostil. La puerta permanece cerrada. Bajo la placa del portal, junto al muro, está apostado un policía, también joven y provisto de fusil y revólver.

Arriba, por los pasillos, hasta la sexta planta, mujeres y niños se asoman por las barandas. No les dejan bajar. Abajo, trañinan el comandante y el subcomandante del edificio, el barón D. (ambos cristianos), que se ocupan de los pequeños encargos; uno de los de la estrella ha olvidado los cigarrillos en el piso; otro, una navaja de afeitar; un tercero, algún medicamento. Suben a por cualquier cosa que les pidan. Un señor anciano descende por las escaleras, alza de súbito la cabeza y lanza una mirada a un conocido suyo, que en ese momento acierta a levantar la vista, como queriendo decir: ¿qué te parece todo esto, compañero?

El barón D. nos dice en un susurro que otros cuatro Cruces Flechadas están recorriendo las plantas de arriba por si se ha escondido alguien. De vez en cuando se presenta todavía algún que otro vecino con su estrella. Ya somos unos cincuenta. Aquí y allá se conversa en voz baja, la mayoría calla con la mirada fija en el suelo.

Por fin está ya casi todo el mundo en la calle. Bajo la puerta hay un reloj de pared: son las seis y veinte. Los cuatro jóvenes con brazaletes, bayoneta y revólver bajan por las escaleras, detrás, el conserje. Dos de ellos se dirigen al refugio antiaéreo con el portero, y los otros dos suben en ascensor a la azotea. En las plantas de arriba quedan ya solo dos enfermos graves que no pueden ponerse en pie. De pronto, el muchacho que está de centinela en el portalón le grita a alguien:

—¡Quítese los guantes!

Adelante, un señor se ha puesto unos guantes; lleva su bulto colgado de un hilo fino, y el cordón le hace daño en el dedo. Comienza a explicárselo tranquilamente, en voz baja, al chico, pero este vuelve a gritarle:

—¡Menudo rollo judío!

Se hace un profundo silencio, tan solo a mi espalda resuena un suspiro.

Es un chico bastante apuesto, con el pelo largo y reluciente, le ha aplicado brillantina; vestido de paisano podría pasar por estudiante de pintura. Me figuro que trabajaba en una fábrica; uno de esos temperamentos que gritan en los partidos hasta quedarse roncos. Quizá ni siquiera sea un mal chico y solo la bayoneta y el revólver lo han convertido en una fiera, y por supuesto, la ideología.

Alza la cabeza y se acerca a nosotros:

—¡En fila, ordenadamente! ¡De cuatro en cuatro!

Tras un momento de titubeo se forma la fila; a un señor le apetece ponerse junto a un conocido, a otro, junto al de más allá. Cinco o seis minutos después, cesa el ruido de zapatos y nos disponemos a esperar ordenadamente. Esperamos diez minutos, veinte minutos. No está permitido fumar, ni beber un trago de agua, ni descansar, ni apoyarse de codos. Tampoco lo está conversar. Pasan las siete. ¿Dónde tendrá lugar el reclutamiento? ¿Y cuándo saldremos de una vez? Los caballeros clavan la mirada, triste y meditabunda, en el suelo. Estarán pensando en sus hijos o en sus yernos, a los que no ven desde hace años, de los que ni siquiera pueden recibir cartas. Y en sus hijas, que se han casado con alguien de provincias, así como en sus padres, que vivían en el campo hasta que en verano pasado fueron deportados a Alemania. Nervioso, alzo el hombro, ora el derecho,

ora el izquierdo; me molestan las correas de la mochila, las dos. Noto que también otros se encogen de hombros y levantan las manos, las contemplan como los actores en el escenario. O se entretienen jugando con las uñas del pulgar de la mano derecha sobre las de la mano izquierda, por puro tedio. Uno de los señores tiene un tic nervioso; ahora eleva la cabeza con más frecuencia que de costumbre, y tras levantarla abre la boca tres veces, pero con tanta presteza como si se dispusiera a tragarse una mosca. Otro señor, que carece de equipaje de mano, observa su anillo de boda girándolo despacio de derecha a izquierda. Uno de más allá se acaricia la mejilla derecha con el dorso de una mano, se la acaricia como suelen hacer los hombres tras afeitarse; pero este lleva ya un cuarto de hora haciéndolo, con breves intervalos. Ante mí, en la tercera fila, alguien rasca con suma paciencia una mancha que tiene sobre el abrigo. Arriba, junto al pretil del tercer piso, una mujer empieza a secarse los ojos. Luego se da la vuelta y regresa al piso.

Bajan los dos jóvenes con brazaletes y uniforme militar; uno de ellos, el cabo, recorre el grupo con la mirada, se detiene en el último peldaño y dirige desde allí:

—En filas de a tres.

Ruido de zapatos; al minuto ya estamos formando filas de a tres. En la mía, el doctor A., un ingeniero químico que ha trabajado en un laboratorio en París veinticinco años, retrocede una fila. Volvió hace unos quince años. Tanto él como su mujer sentían una terrible morriña por su tierra, así que no fueron capaces de quedarse en París.

El cabo pregunta a los que están junto al portalón:

—¿Szabó y Trajcsik siguen abajo?

—Sí.

—¿Qué diablos hacen allí tanto tiempo?

Entonces los dos soldados se van a buscar a Trajcsik y a Szabó al refugio. Nosotros continuamos esperando. Llevan ya un buen cuarto de hora abajo, sin intención de volver. Nosotros esperamos y esperamos. Esperamos y esperamos y esperamos. Así teníamos que esperar en el patio del cuartel, esperar en fila a que dieran una orden. Esperar de pie, esperar y esperar y esperar, consumir el valioso tiempo de la juventud, estar a punto de morir de aburrimiento, de impaciencia. De esa forma le prepara a uno el ejército, así lo transforma en un cadáver obediente. Es una suerte que una mosca se nos pose sobre las manos o que nos pique la nariz, al menos uno tiene algo que hacer, algo con lo que entretenerse. Ante el portalón pasan mujeres, hombres, niños, algunos se paran para admirar al grupo de los que llevan la estrella; nosotros también miramos a todo el que pasa por delante del portalón, lo seguimos con la mirada. Alguien tose: diez o veinte hacen lo mismo; los pulmones están contentos de que se lo hayan recordado. Los fumadores maduros tosen y carraspean de esa forma por las mañanas, durante cinco o diez minutos. Ahora también a algunos les da el típico ataque de carraspeo que acomete tras el primer cigarrillo; menean la cabeza, lamentándose, hacen grandes esfuerzos para reprimir la tos que sube; algunos, por culpa de los bolsos, ni siquiera pueden sacar un pañuelo. Se hace el silencio, solo el tranvía traquetea, y se oye el zumbido de algún que otro coche. ¡Dios mío, hay guerra en la Tierra! Guerra, esa furibunda locura, ¿verdad? ¡Qué orden y qué tranquilidad puede reinar en el mundo! ¡Cuánta calma, lentitud y aburrimiento! ¡Nunca, nunca he vivido momentos de más aburrimiento y horas de más tedio que en Serbia en 1914, cuando no volaban sobre nuestras cabezas las granadas! ¿Qué

diantres estarán haciendo allá abajo esos cuatro soldados tanto tiempo? El señor director H., mi vecino de la izquierda, me susurra: empieza a preocuparse por la maleta que ha dejado en el refugio. Él también guarda en el refugio antiaéreo sus pertenencias más valiosas, apretadas en maletas, como las de todos los demás. Hay un estante propio para ellas en un rincón del refugio.

Por fin reaparecen los cuatro soldados. Los otros dos también son jóvenes, de unos veinte años. El cabo nos recorre con la mirada y da una orden:

—Contadlos. Tienen que ser cincuenta y cuatro.

Dos se precipitan a la puerta, el primero comienza a contar desde allí, poniéndose de lado, cortando con el brazo el aire y, al mismo tiempo, dando un paso hacia atrás con cada gesto:

—Tres, seis, nueve.

El otro, que parece controlarlo, les sigue el paso. Están todos, los cincuenta y cuatro.

El cabo grita:

—¡Firmes!

Nos ponemos firmes, como los jóvenes reclutas. Junto a mí, el señor director B. esboza una sonrisa, yo mismo soy incapaz de resistirme; afortunadamente no se dan cuenta. El chaval con la brillantina en el pelo abre el portalón. El cabo vuelve a hablar; el portalón del edificio de seis plantas retumba tanto que nos parece escuchar un altavoz. En medio se eleva la moderna escalera de caracol.

—Atención, en el camino tenemos que avanzar lo más ordenados y tranquilos posible. Está prohibido hablar. Mantengamos una distancia uniforme. El que se quede atrás o no ande recto, sentirá de inmediato la culata en la espalda. ¡De frente... ar!

Los hombres lanzan tímidas miradas hacia arriba, para despedirse, al menos los que logran divisar las plantas de arriba. Salimos de la casa; son las ocho y diez.